



La Santa Sede

LA MISA MATUTINA TRANSMITIDA EN DIRECTO
DESDE LA CAPILLA DE LA CASA SANTA MARTA

HOMILÍA DEL SANTO PADRE FRANCISCO

"Para no caer en la indiferencia"

Jueves, 12 de marzo de 2020

[[Multimedia](#)]

Introducción a la Misa

Seguimos rezando juntos en este momento de pandemia: por los enfermos, por sus familiares, por los padres con hijos en casa... Pero sobre todo quiero pedirles que recen por las autoridades: deben decidir y muchas veces deciden medidas que no agradan a la gente. Pero es por nuestro propio bien. Y muchas veces, la autoridad se siente sola, incomprendida. Recemos por nuestros gobernantes que deben tomar la decisión sobre estas medidas: que se sientan acompañados por la oración del pueblo

Homilía

Este relato de Jesús (cf. *Lc 16,19-31*) es muy claro; incluso puede parecer un cuento para niños: es muy sencillo. Con él, Jesús no quiere referir solo una historia, sino indicar la posibilidad de que toda la humanidad viva así, nosotros también, todos, vivamos así.

Dos hombres, uno satisfecho, que sabía vestir bien, quizás buscaba a los mejores estilistas de su época para vestirse; vestía púrpura y lino fino. Y además vivía bien, todos los días banqueteaba espléndidamente. Era feliz así. No tenía preocupaciones. Tomaba alguna precaución, tal vez una

pastilla contra el colesterol por los banquetes y la vida le iba bien. Estaba tranquilo.

En su puerta estaba un pobre: Lázaro se llamaba. El rico sabía que el pobre estaba allí, lo sabía, pero le parecía normal: “Yo disfruto y este... Así es la vida, allá se las componga”. Como mucho, quizás –el Evangelio no lo dice– a veces le mandaba algo, unas migas... Y así pasaba la vida de estos dos. Ambos pasaron por la ley de todos nosotros: morir. Murió el rico y murió Lázaro. Dice el Evangelio que Lázaro fue llevado al Cielo, con Abrahán, en el seno de Abrahán. Del rico solo dice: “Fue sepultado”. Punto. Y se acabó (cf. v. 22).

Hay dos cosas que llaman la atención: el hecho de que el rico supiera que ese pobre existía y que supiera su nombre. Pero no le importaba, le parecía normal. Tal vez el rico llevaba a cabo sus negocios que al final iban contra los pobres. Conocía muy bien, estaba informado sobre esta realidad. Y la segunda cosa que me impacta mucho es la palabra «grande abismo» (v. 26), que Abrahán dice al rico. “Entre nosotros y vosotros se abre un gran abismo, no podemos comunicar; no podemos pasar de aquí hasta allí”. Es el mismo abismo que existe entre el rico y Lázaro: el abismo no comenzó allí, el abismo comenzó aquí.

He reflexionado sobre cuál era el drama de este hombre: el drama de estar muy, muy informado, pero con el corazón cerrado. Las informaciones que tenía este hombre rico no llegaban a su corazón, no sabía conmoverse, no se podía conmover ante el drama de los demás. Ni siquiera llamar a uno de los jóvenes que servían a su mesa y decirle: “Llévale esto, o lo otro...”. El drama de la información que no baja hasta el corazón. También nos sucede a nosotros. Todos sabemos, porque lo hemos seguido en los noticiarios o lo hemos visto en los periódicos, cuántos niños pasan hambre hoy en el mundo; cuántos niños no tienen las medicinas necesarias; cuántos niños no pueden ir a la escuela. Continentes, con este drama: lo sabemos. “Ay, pobrecillos...”. Y continuamos. Esta información no desciende al corazón, y muchos de nosotros, muchos grupos de hombres y mujeres viven en este desapego entre lo que piensan, lo que saben y lo que sienten: el corazón está separado de la mente. Son indiferentes. Como el rico era indiferente al dolor de Lázaro. Es el abismo de la indiferencia.

En Lampedusa, cuando fui la primera vez, se me ocurrió esta expresión: la globalización de la indiferencia. Quizás hoy, aquí en Roma, estemos preocupados porque “parece ser que las tiendas están cerradas y yo tengo que ir a comprar; parece ser que no puedo dar mi paseo de todos los días; parece ser que...”. Preocupados por *lo nuestro*. Y nos olvidamos de los niños hambrientos, nos olvidamos de esa pobre gente que está en las fronteras de los países, buscando la libertad; estos migrantes forzosos que huyen del hambre y de la guerra y encuentran solamente una muralla, una muralla de hierro, una muralla de alambradas, una muralla que no los deja pasar. Sabemos que todo esto existe, pero no llega al corazón, no baja. Vivimos en la indiferencia: la indiferencia es este drama de estar bien informados, pero no *sentir* la realidad de los demás. Este es el abismo: el abismo de la indiferencia

Hay también otra cosa que llama la atención. Aquí sabemos el nombre del pobre, lo sabemos: Lázaro. También el rico lo sabía, porque cuando estaba en los infiernos le pide a Abrahán que le mande a Lázaro, lo reconoció, allí: “Manda a él” (cf. v. 24). Pero no sabemos el nombre del rico. El Evangelio no nos dice cómo se llamaba este señor. No tenía nombre. Había perdido el nombre. Tenía solamente los adjetivos de su vida: rico, poderoso... muchos adjetivos. Esto es lo que hace en nosotros el egoísmo: nos hace perder nuestra identidad real, nuestro nombre, y nos lleva a considerar solo los adjetivos. La mundanidad nos ayuda en esto. Hemos caído en la cultura de los adjetivos, donde tu valor es lo que tú posees, lo que tú puedes, pero no “cómo te llamas”: has perdido el nombre. La indiferencia conduce a esto: a perder el nombre. Somos solo “los ricos”, somos esto, somos lo otro. Somos los adjetivos.

Pidamos al Señor la gracia de no caer en la indiferencia, la gracia de que toda la información de los dolores humanos que tenemos baje a nuestros corazones y nos mueva a hacer algo por los demás.